

# UNA MIRADA A LA VIDA DEL DOCTOR HÉCTOR FIX-ZAMUDIO

KARLA QUINTANA OSUNA (\*)

Son cerca de las diez de la mañana y él va bajando de un auto del lado del copiloto. Lo he visto llegar al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM por más de seis meses; lo mismo le da que pasen por él en un Mercedes Benz que en un Volkswagen. Como todos los días, viene vestido de traje oscuro con tirantes y siempre trae su viejo portafolio negro. Al entrar al Instituto, todos lo saludan afectuosamente desde el empleado de intendencia hasta el Director del mismo. No es extraño, lleva más de cuarenta y cinco años trabajando en este lugar.

Su oficina es un lugar pequeño, pero lo parece aún más con la cantidad impresionante de libros que tiene. Además, su escritorio jamás está vacío; muy por el contrario, está siempre lleno de papeles y libros, lo que a veces dificulta encontrar algunos documentos. En el librero tiene dos fotos del jurista Ignacio Vallarta y, por supuesto, la foto de su familia: su esposa, María Cristina, y sus hijos Héctor, María Cristina, Carlos e Imelda. Entra Eva, la secretaria, y le deja al doctor Héctor Fix-Zamudio su habitual té de frutas.

---

(\*) Ex alumna de la Facultad de Derecho de la UNAM, Generación 1998-2002. Ayudante de Investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM (México, D.F.)

Abuelo de tres niños y dos niñas, el Maestro nació en la Ciudad de México un 4 de septiembre de 1924. De su infancia nos recuerda que vivió un tiempo en el Centro y luego en San Rafael. Dice que se acuerda mucho de los pregoneros, los cuales eran personas que iban ofreciendo sus servicios a gritos por las calles. “La reminiscencia de los pregoneros son los camotereros y los afiladores”, nos comenta el maestro. Asistió a dos escuelas primarias, una anexa a la Normal de Maestros y la otra, que se llamaba República de Brasil de la cual comenta con una sonrisa: “Nos hacían cantar el himno de Brasil. Hasta la fecha me acuerdo de algunas partes”. La secundaria es una época que recuerda con gran satisfacción: “Iba en la Secundaria 4. Me acuerdo de algunos de mis maestros: Maximino García me daba Zoología...era un gran personaje; de Química, el maestro se llamaba Delfín Figueroa, yo era bueno en la materia. Tuve otra maestra que se llamaba Ofelia Garza de del Castillo; todos le decíamos que le sobraba un ‘de’ y ella decía que no, que su marido se apellidaba del Castillo y por eso ella era ‘de del Castillo’. Mi maestro de Historia Universal fue Carlos Pellicer ...era un hombre muy culto”.

El bachillerato lo cursó en la Escuela Nacional Preparatoria (1940-1942). De ahí recuerda con cariño a su maestro de Español, Agustín Yáñez: “Nos regresábamos juntos en el camión junto con Enrique y Pablo González Casanova, que eran mis compañeros. El maestro Yáñez leyó alguno de los cuentos que solía escribir en aquella época y me dijo que lo debería seguir haciendo; pero, por dedicarme a escribir acerca de cuestiones jurídicas ya no lo hice”.

Los estudios de licenciatura en Derecho los hizo en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1942-1949) titulándose con Mención Honorífica y los estudios de posgrado los realizó en la División de Estudios Superiores de la Facultad de Derecho de la UNAM (1964-1965) y fue aprobado con *Magna Cum Laude*.

El Maestro nos comenta cómo se inclinó a la investigación: “Es curioso pero, inicialmente mi vida profesional no estaba orientada a la investigación. Trabajé desde estudiante en la Suprema Corte, como empleado administrativo. Pero cuando conocí a don Niceto Alcalá-Zamora y Castillo, en la época en que redactaba mi tesis para la licenciatura, comencé a interesarme por la investigación y una vez que me titulé, sin abandonar mis actividades en el Poder Judicial Federal, en 1956 ingresé al entonces Instituto de Derecho Comparado de la UNAM con una categoría muy especial, la de investigador por contrato, que no obligaba a un horario sino simplemente a realizar aportaciones de artículos, reseñas, etc. Posteriormente, me incorporé al Instituto en 1964 como Investigador de tiempo completo y

renuncié a mi cargo de Secretario de Estudio y Cuenta del Pleno de la Suprema Corte de Justicia. Desde entonces, tomé la decisión vocacional de la cual no me he apartado, a pesar de que ello significó un sacrificio económico, que mi esposa comprendió y me otorgó su apoyo”.

No obstante que su vida ha sido encaminada a la investigación, se le han hecho varias invitaciones para que regrese al Poder Judicial de la Federación. Sobre ello nos comenta: “Me han invitado unas 4 ó 5 veces a ser Ministro de la Corte, sin embargo las he rechazado, aunque económicamente hubiera sido más importante. Sin embargo, estoy muy satisfecho de haber seguido mi vocación y no me he apartado de ella, claro, que siempre es importante el apoyo de la familia”.

El doctor Fix-Zamudio, es un hombre agradecido con la vida y con su vocación: “La vida académica tiene muchas compensaciones que aunque no se traducen en bienes materiales, son la recompensa de una situación económica restringida, me refiero por ejemplo a los reconocimientos que he recibido. En ese sentido yo he tenido muchísimas satisfacciones, que no siempre he pensado que sean merecidas pero siempre con motivo del trabajo académico, y para mí son más valiosas que los recursos económicos o los cargos públicos”.

No se puede entender el ser del Maestro Héctor Fix-Zamudio sin dar una pequeña pincelada a su lado artístico. De sus gustos en literatura, música y cine comenta: “Alguna vez alguien me dijo que los gustos de cada quien corresponden a una determinada época que uno vivió intensamente”. Así pues, su autor favorito en la literatura es Charles Dickens. De música, aunque él dice que es un simple aficionado, es todo un experto porque conoce con lujo de detalle la música clásica, la barroca y la romántica. “Siempre me ha gustado la música. De hecho, de chico quise aprender a tocar el violín pero como tengo un problema con los dedos, se me dificultaba mucho. También me hubiera gustado tocar el acordeón”.

Asimismo, es un hombre que ha vivido la evolución del cine muy de cerca y del cual tiene grandes recuerdos. “Tendría yo unos 4 ó 5 años cuando mis tías pasaban por mí para llevarme al Cine Venecia que estaba cerca de la Avenida Hidalgo, por la Iglesia de la Santa Veracruz. Las películas eran mudas y un pianista acompañaba la cinta. Entre sueños me acuerdo que vi ‘El fantasma de la ópera’. Ya después, cuando tenía unos 10 ó 12 años iba a la matinée los domingos con mis hermanos al Cine Alarcón que estaba por la calle de Argentina o al Máxima que estaba por la calle de Brasil. Me acuerdo que la entrada costaba

20 centavos; era barato, porque entre semana costaba cerca de 50”. Comenta que cuando empezaron a aparecer las películas con sonido era sumamente gracioso porque el disco de sonido era independiente de la cinta y si se llegaba a rayar el disco, pues era un desbarajuste porque el sonido iba por un lado y la cinta por el otro. Además, agrega que varias veces, los rollos se quemaban y tenían que cortarlos por lo que se tardaban un rato y la gente armaba un escándalo. “La primera película que vi con sonido fue una que se llama ‘Cantante de Jazz’; no me gustó mucho”.

Son innumerables las anécdotas personales y profesionales que bien podríamos hacer un libro entero de ellas. Su curriculum, de más de 50 cuartillas así lo demuestra: Investigador Emérito de la UNAM, ex juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos y ex presidente de la misma; ex director del Instituto de Derecho Comparado, ahora de Investigaciones Jurídicas, época donde surgió su estrecha amistad con Miguel León-Portilla. Fue Miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM y es miembro del Colegio Nacional, a partir de 1974. Como docente, fue profesor de la materia “Derecho de Amparo” desde 1964 hasta 1999 y profesor de asignatura en la División de Estudios de Posgrado, a partir de 1966. Asimismo ha impartido numerosas conferencias en todo el mundo y publicado más de 16 libros, más de 17 monografías, más de 180 artículos de revista así como colaboraciones en obras colectivas publicados en el extranjero, traducciones, artículos y ensayos, estudios y comentarios legislativos. No se puede olvidar que últimamente se hizo acreedor a la Medalla Belisario Domínguez otorgada por el Senado de la República.

Siendo prácticamente un octogenario, el Maestro bromea con respecto a la llegada de fin de siglo:

“Cuando tuve conciencia de mi vocación académica nunca pensé llegar al Siglo XXI, pues la expectativa de la vida en esa época era menor...Yo suelo llevarlo un poco a broma porque mi casa particular está enfrente de la Editorial Siglo XXI, y por ello he afirmado que he podido llegar al Siglo XXI, ya que sólo atravieso la calle ... claro que con cuidado, pues habría podido quedarme en los umbrales. Es fascinante la posibilidad de llegar al Siglo XXI con todos los cambios que estamos viviendo, aunque no siempre positivos”.

Con tantas experiencias, le pregunté al Maestro si alguna vez había pensado en escribir su vida. Se encoge de brazos y comenta: “Mire, yo soy de los que no anoto, y eso tiene sus desventajas, después es muy difícil recordar. Alguien me ha dicho que escriba algo, no sé. Lo he estado pensando, porque como no tengo mucha precisión, serían recuerdos muy generales; más que memorias, serían recuerdos de la vida académica. Yo las llamaría ‘Las memorias de un desmemoriado’. No he anotado como otras personas, pero sí tengo algunos recuerdos cuando era yo niño y cuando estaba en otra ciudad distinta de la actual”.

Para concluir no podemos más que agregar que el doctor Héctor Fix-Zamudio es un gran hombre caracterizado por su sencillez, modestia, integridad y cultura universal; en pocas palabras, por su estatura moral, que lo ha hecho merecedor del respeto, cariño, agradecimiento y admiración de todos quienes hemos tenido la fortuna de estar cerca de él.